

**DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (1º Reyes 19, 9a.11-13a): *Le llegó la palabra del Señor.*

**Salmo** (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

**2ª lectura** (Romanos 9, 1-5): *Cristo está por encima de todo.*

**Evangelio** (Mateo 14, 22-33): *¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?*

El relato evangélico de este domingo representa simbólicamente la situación que vivía la comunidad cristiana de Mateo. ¿Cuál era la situación? Pues que no les era fácil ser cristianos. Se sentían lejos del Resucitado, no experimentaban el calor de su presencia. Era como si la noche hubiera caído sobre sus vidas y hubiera llenando de desconfianza sus corazones. Las dificultades que vivían en aquella sociedad eran como olas enfurecidas que se estrellaban contra la pequeña barca de la comunidad. Vivían a contracorriente, con el viento en contra.

¿Y cuál fue la propuesta de Mateo? Mateo desea ayudarles a abrir sus ojos a la fe, sus corazones a la confianza. Solo así, superarán los miedos que les impide reconocer a Jesús Resucitado. Mateo les dice (y nos dice) que el Resucitado no es un fantasma inventado por nuestros temores.

Jesús es real y camina hacia nosotros en medio de la vida y sus dificultades. Y les pone el ejemplo de Pedro. Como él, hemos de tener el coraje de atrevernos a saltar de la barca y caminar hacia su encuentro. Los relatos evangélicos tienen la virtud de hacerse contemporáneos de las comunidades cristianas a lo largo de la historia. Hoy también. En el texto que hemos leído están, también, nuestras dificultades actuales, nuestros temores y desánimos.

Vivimos en una sociedad en profundo cambio, una sociedad en crisis permanente y total. Vemos cada día cómo las “*antiguas razones de vivir*” ya no nos sirven. Experimentamos cómo los valores, las normas y principios que regían en tiempos pasados la existencia ya no nos sirven hoy. En una sociedad en donde parece haber perdido su solidez, en donde las grandes instituciones y las añejas tradiciones ya no cuentan. Empezamos a cuestionar cada institución: política, educación, empresa, milicia, Iglesia, matrimonio, familia..., y creo que en el intento acabamos como el que quiso pelar una cebolla: empezamos a quitar capas y no nos queda nada.

Los estudiosos de la sociedad y de la religión dicen que hoy se está extendiendo la cultura de “*la ausencia de Dios*”. Para mucha gente Dios es alguien del pasado, un fósil que no aporta nada importante para la vida. Dios apenas atrae o inquieta. Más bien deja indiferente a un número cada vez mayor de personas. Los mismos cristianos nos vamos acostumbrando a esta nueva situación de indiferencia ante Dios. ¿Es Dios una creencia del pasado? ¿Es Cristo Resucitado un fantasma creado por nuestros miedos? En una situación de crisis y de cambio tan grande como la que estamos viviendo, es normal que muchos cristianos se sientan desorientados, tal vez decepcionados, quizás con preocupación por el futuro.

Y en medio de esas adversidades vemos a Jesús caminando sobre las aguas y acercándose tranquilamente hacia nosotros. No se nos presenta como un Dios espectacular, con la fuerza del viento huracanado, del terremoto o el del fuego, sino como el Dios de la tranquilidad, el que se hace presente cuando en medio de todo el ruido alcanzamos a escuchar el murmullo de una brisa suave. Es entonces cuando escuchamos a Jesús que nos dice, como en el evangelio de Mateo: **«Animo, tranquilícense, no teman. Soy yo».**

Y los cristianos, como Pedro, queremos que nos haga caminar sobre el agua. No queremos hundirnos en la confusión de nuestros tiempos, ni queremos quedarnos con amores líquidos, ni queremos sumirnos en el miedo. Por eso ahora, cuando sentimos que no encontramos donde asirnos, a que aferrarnos o en donde encontrar algo de seguridad, se vuelve más urgente dirigir nuestra mirada y fijar nuestros ojos en Jesús, que ciertamente “*no es un fantasma*”. De nuestro amedrentado corazón tenemos que sacar el valor para gritar: **¡Mándame ir a ti caminando sobre las aguas!**

En medio de la noche y con muchos elementos en contra, Jesús sale a nuestro encuentro. Hay quienes se rehúsan a mirarlo, hay quienes lo consideran solo una proyección de sus deseos, un mero fantasma, pero hay también quienes lo reconocemos y aunque sea con voz temblorosa, nos atrevemos a decir: “*Mándame ir a ti*”.

Sabemos que Jesús viene en nuestro auxilio, especialmente cuando comenzamos a hundirnos. Quizás nos reproche nuestra fe débil, pero nunca dejará de extender su mano para sostenernos. Y no es que todo sea malo en nuestro tiempo. El agua y el viento seguirán siendo necesarios si queremos hacer avanzar nuestra barca, pero las olas encrespadas y el viento impetuoso se nos han convertido en amenaza y, muchas veces, el miedo nos paraliza.

Verdaderamente necesitamos la seguridad de la barca, necesitamos vientos favorables, necesitamos un oleaje moderado, pero, sobre todo y en toda circunstancia, necesitamos a Jesús con nosotros. Necesitamos abrirnos a Cristo.

Al inicio de su pontificado, Juan Pablo II decía al mundo entero: **«¡No temáis! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!».** Y Francisco nos decía: **«No tengáis miedo de abrirle el corazón a Jesús para que renueve en vosotros el fuego de su amor, para que os empuje a abrazar la vida con toda su fragilidad, pero también con toda su grandeza y belleza»** (Audiencia de 30 de enero de 2019).